

¡El mundo en guerra y yo preparándome para una boda y un largo viaje sin retorno! Llena de ilusión y ansiosa por conocer otros lugares, estoy casi lista para dejar todo lo que hasta ahora ha sido mi vida: mis padres, mi familia, mi casa, mis amigas y mi pueblo. Lo que me espera lo desconozco pero no tengo miedo, solo emoción y alegría. Ya no falta mucho para mi partida, solo hay que terminar los bordados de algunas servilletas y paños para la cocina. A las toallas ya les hemos bordado las iniciales E y M en hermosas letras góticas entrelazadas, eso mismo se les hizo a las fundas de las almohadas.

Seguimos apurando los días pues el tiempo pasa rápido.

En mitad del otoño, que este año ha estado muy triste y lluvioso, fuimos en coche, hasta el puerto, para ahí abordar el vapor hasta La Guaira. Nunca he viajado sola, ni he salido del pueblo y ahora tengo que enfrentarme a un viaje de dos meses hacia un mundo desconocido.

Con sus manos blancas y suaves saca la hermosa colcha bordada en tenues colores que adornará su cama, es domingo y toca arreglar todo y tenerlo a punto, puede que vengan visitas y la casa de tía Montse siempre está limpia, ordenada y cuidada hasta en el más mínimo detalle. Ella no compra nada manufacturado, todo lo hace en casa y todo lo hace bien, la enseñó su madre y ahora ella enseña a sus hijas y a sus sobrinas.

Siento el aire del Caribe cuando me asomo a la cubierta del vapor, ¡ya estamos cerca!, ya se pueden ver a lo lejos las casas en las colinas y nos advierten que tenemos que prepararnos, dentro de dos días llegaremos a nuestro destino, fin del viaje, comienzo de otro más largo y quizás más difícil, pero yo estoy preparada y ansiosa por hacerlo. Se me vienen a la mente recuerdos de mi familia, mi casa y mi pueblo, todo lo dejado atrás, que probablemente no veré más. Ahora ésta será mi familia, mi casa y mi pueblo.

Y con blancas y temblorosas manos saca de los baúles manteles, servilletas, sábanas y todo lo que su hermoso trousseau tenía y, como siempre, mezclando castellano y catalán, recordaba cómo su abuela, su madre, sus tías, sus amigas y ella bordaron con amor todas estas telas que han servido, vivido y disfrutado durante cincuenta años.

Hoy ha muerto nuestra querida tía Montse y rebuscamos en sus baúles perfumados con ramas de espliego y romero una bata que sirva de mortaja y una blanca sábana que haga las veces de sudario. La tía Montse nunca más regresó a su tierra natal pero llevó en sus baúles todo el sentimiento de aquellas mujeres que marcaron su vida en bordados, costuras, cintas y encajes y que adornaron su existencia allende los mares.

Mercelmira Blanco